

*LOS COMIENZOS DEL MERCADO TAURINO  
EN LISBOA:  
EL EMPRESARIO JOÃO GOMES VARELA*

Alberto Franco\*



En Portugal como en España, el siglo XVIII se caracteriza por grandes transformaciones en lo que respecta a la tauromaquia. La fiesta de toros deja de tener un contenido meramente conmemorativo o de ostentación de las clases nobles y adquiere una dimensión comercial, convirtiéndose en fuente de ingresos económicos. Los poderes públicos y religiosos descubren en los festejos taurinos un medio de financiar sus obras. Los ayuntamientos promueven corridas para obtener fondos para los hospitales; las órdenes religiosas, para costear la restauración de sus conventos; las hermandades, para el culto de sus santos. Cuando no tienen fondos para montar los espectáculos, porque los nuevos tiempos encarecieron la edificación de las plazas, los honorarios de los toreros y el precio de los toros, entregan su organización a contratistas o *assentistas*, precursores de los modernos empresarios taurinos.

En Lisboa como en otras ciudades portuguesas donde se celebraban corridas, el espacio reservado para estas era subastado por las autoridades municipales. El *assentista* que lo remataba construía las tribunas para los notables y los palanques para la plebe, compraba los toros y contrataba a los toreros. A cam-

---

\* Investigador de temas tauromáquicos.

bio, obtenía los beneficios de la taquilla, en la proporción contratada con las autoridades. En este proceso de mercantilización, que es una de las marcas de la corrida moderna, el paso siguiente será la creación de espacios estables, exclusivamente dedicados a las diversiones con toros, que serán las plazas fijas.

En la segunda mitad del siglo XVIII, emergen en Lisboa negociantes que consideran la organización de corridas como una actividad en la que vale la pena invertir. El más dinámico, aquel que durante cerca de tres décadas se dedicó profesionalmente a la organización de espectáculos taurinos y también teatrales, se llamó João Gomes Varela.

Nacido en la localidad alentejana de Redondo, em 1714, Gomes Varela cambió su tierra por Lisboa. En 1736, ejercía en la capital portuguesa el oficio de boticario<sup>1</sup>. En esa época, a pesar del fortalecimiento del poder real, la Inquisición seguía siendo una institución poderosa, capaz de promover socialmente a quien la servía. Este hecho llevó a João Gomes Varela a hacerse “familiar”<sup>2</sup> del Santo Oficio. Sin embargo, más que la adhesión a las prácticas inquisitoriales, fue la voluntad de ascenso social que lo movió, pues, como subraya Isabel Drumond Braga, poseer el título de familiar «era una forma de conseguir una especie de carta de nobleza – no ascendía a la nobleza pero tocaba la nobleza»<sup>3</sup>. De lo contrario, no se comprendería que Gomes Varela cambiara el seguro trabajo de boticario por la producción de espectáculos con los que la Inquisición antipatizaba: el teatro, siempre susceptible de transmitir ideas subversivas, y las corridas de toros, condenadas por la Iglesia en múltiples ocasiones.

---

<sup>1</sup> Ana Rita Martins, *A fábrica do Teatro do Bairro Alto (1761-1775)*, tesis doctoral en Estudios de Teatro, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2017.

<sup>2</sup> Los *familiars* eran funcionarios de los inquisidores.

<sup>3</sup> Drumond Braga (2011: 223-242).

En cuanto a la tauromaquia, uno de los primeros emprendimientos de Gomes Varela data de 1754. El 9 de julio de ese año, alquiló la Praça do Rossio, uno de los lugares donde habitualmente se corrían toros en Lisboa, al Senado del ayuntamiento, para realizar allí seis festejos en el mes de agosto siguiente.<sup>4</sup>

Ya en el siglo XVII el Senado de Lisboa alquilaba espacios para corridas, en particular a los carpinteros que construían los palanques. Un decreto de la concejalia del 29 de julio de 1672 confirma que

«en las ocasiones en que se corren toros en el Terreiro do Paço, a título de fiestas en aplauso del glorioso Santo António, se acostumbra arrendar el suelo en que se erigen los palanques, a carpinteros para que los vendan a quien les parezca».

A mediados del siglo XVIII los carpinteros pierden el protagonismo en favor de un nuevo personaje: el *assentista* taurino. Es éste el que pasa a alquilar el suelo y a negociar la fabricación de los palanques y demás componentes de la plaza con los carpinteros y otros artesanos, que contrata a los toreros y compra los toros. A cambio, recibe los beneficios del espectáculo en la proporción ajustada con el arrendatario.

Gomes Varela pagó 13.500 cruzados<sup>5</sup> por el alquiler del Rossio. Según el contrato, le competía «quitar la tierra, aplanar, limpiar y enderezar la plaza de Rossio; edificar los palcos, la tribuna del Senado, los camarotes de los ministros y otras autoridades, «el toril y la barraca de los *cavaleiros*»<sup>6</sup>. Debería comprar 20 toros para cada espectáculo, «todos buenos», presumiblemente adquiridos a negociantes de ganado, pues en Portugal no se hablaba aún en ganaderías de bravo.

---

<sup>4</sup> Freire de Oliveira (1985: 23).

<sup>5</sup> Antigua moneda portuguesa.

<sup>6</sup> Caballeros en plaza o rejoneadores.

Y como las funciones taurinas de aquella época se añadían otras diversiones, tales como danzas y cortejos, competía también a Gomes Varela suministrarlas. Por su parte, el Senado prestaría «todos los fragmentos y trastes que poseyera», quedando el empresario «obligado a entregar todo en el mismo estado».

La primera corrida de Gomes Varela debería realizarse el 15 de agosto. Sin embargo, en la víspera, muere la reina madre, D. Maria Ana de Austria, mujer del rey D. José I, lo que llevó a la suspensión de los festejos. Fue un duro golpe en las finanzas de Gomes Varela, que no se había escatimado en gastos para embellecer los espectáculos.

Pero la adversidad no lo hizo cruzar los brazos, pues, para reparar los perjuicios, dirigió una súplica al Senado. Justificando sus pretensiones, recuerda que ha cumplido plenamente sus obligaciones, desde la preparación de la arena hasta la «factura de la casa de los coches, tribunas del Senado, reparación de los vestidos y trastes que le prestaron, y vestidos nuevos para las danzas, tocadores de pie y hombres de *forcado*, figuras de los coches y en todos los más aprestos necesarios, y en la compra de parte de los toros».

Como si eso no fuera suficiente, para que todo estuviera terminado a tiempo, había que hacer gastos adicionales. En efecto, al enterarse de la enfermedad de la reina y de la amenaza que ello representaba para la realización de los espectáculos, «habían enfriado los ánimos de los palanqueros en el trabajo, de suerte que, pocos días antes del fallecimiento de dicha señora, los obligó y al suplicante el Senado, con un edicto, para que los palanques terminaran el 20 de agosto, y él, suplicante, todo corriente para la festividad, con pena de prisión y las más arbitrarias del Senado; con cuyo temor y en su observancia se adelantaron los palanques, y el suplicante a dar dineros adelantados a los *cavaleiros*, para prepararse y para todo lo más preciso que les pertenecía». Fundado en estos argumentos, Gomes Varela requería permiso para dar las corridas en el verano del año siguiente.

El Senado le dio la razón. En julio de 1755, cuatro meses antes del gran terremoto que devastó Lisboa, pudieron realizarse los seis espectáculos, amenizados por otras diversiones. Concedor de los gustos del público, Gomes Varela unía a los “combates” con toros la representación de escenas burlescas, bailes y desfiles de carrozas. De aquí resultaba una mezcla de tauromaquia, teatro y circo, similar a las mojigangas hispanas. El empresario intentaba así recrear, con medios infinitamente más modestos, la grandiosidad de las corridas regias, que habían asumido particular esplendor en el tiempo de D. João V.<sup>7</sup>

«El día señalado y a las dos de la tarde estará lista la guardia de aguadores para rociar el área de la plaza», se lee en el programa de la primera corrida de Gomes Varela. «Después de variadas danzas exhibirán sus habilidades, entrarán dos mulillas conduciendo, en cajas, los fuegos artificiales, las cuales irán cubiertas con riquísimos paños a que llaman reposteros; Delante de las mulillas irán algunos sujetos, tocando sonoros instrumentos, los cuales tocadores, puesta la conducta en el lugar destinado, quedarán atrincherados en una balaustrada, y ahí estarán tocando, mientras dure el espectáculo»<sup>8</sup>.

Al orden del presidente del Senado, entraría en plaza el *cavaleiro* Francisco de Matos Ferreira e Sousa, picador de la Casa Real, acompañado por “ocho *capinhas*”<sup>9</sup>.

El *cavaleiro* lidiaria «20 toros de los más valientes que tenemos en este reino, y también algunos de Castilla, que, por

---

<sup>7</sup> La dimensión jocosa se mantuvo en las carreras portuguesas hasta la segunda mitad del siglo XIX, a través de los llamados *intervaleiros*, personajes que divertían al público en las pausas de los espectáculos.

<sup>8</sup> Citado en Rodvalho Duro (1907).

<sup>9</sup> En Portugal, los “picadores” se dedicaban a la equitación y adiestramiento de caballos. La casa real portuguesa contaba con numerosos picadores, responsables del mantenimiento de su cabaña equina. Los *capinhas* eran banderilleros o peones de los caballeros en plaza.

gran fama, mandarán buscarse, para que, mezclados unos con otros, puedan hacer vistosa la tarde». Entre el primer y el segundo tramo del programa, habría «varios juegos de toreros de pie».

La referencia a los *capinhas* y a los “toreros de pie” es una señal de los nuevos tiempos. Mientras que en las corridas del pasado la gente de a pie tenía apenas el estatuto de auxiliar de los *cavaleiros*, los programas de los espectáculos del siglo XVIII la refieren expresamente, aunque su identidad se desconoce. También se desconoce el contenido de los “juegos”, pero se supone que éstos consistían en faenas con los hastados, con o sin capa, quiebras a cuerpo limpio y recortes temerarios. Los toros eran muertos al final de la lidia, por el *cavaleiro* o por los “toreros de pie”.

En los años turbulentos que siguieron al terremoto de 1755, João Gomes Varela se concentró en el empresariado teatral. En 1760 funda un teatro, la Casa de la Ópera del Bairro Alto, del cual fue socio mayoritario y administrador. Pero las ganancias con el teatro quedaron por debajo de lo esperado, lo que llevó al empresario a retomar las inversiones taurinas. El 20 de mayo de 1768, João Gomes Varela y su mujer, Joaquina Bernardina, piden prestados 600.000 reales al hidalgo António da Cunha Souto Maior, destinados a construir una plaza en el Campo de Sant’Ana, otra zona de Lisboa. La cantidad debía ser pagada «al final de la última función de toros que este año se haga en la Plaza de Campo de Santa Ana, por ser dicho préstamo hecho para la factura de dicha plaza, sin demora alguna»<sup>10</sup>.

Gomes Varela edificó una plaza de madera en la que promovió sus propios espectáculos. Entre el 19 de junio y el 17 de julio de 1768, la alquiló a Jacob Bates, un jinete británico que hacía acrobacias sobre caballos.

---

<sup>10</sup> ADL, 7º Cartório Notarial de Lisboa, Ofício A, Livros de Notas, ex. 96, liv. 575, 32v-33. Información citada por Henriques (2015).

Años después, el nombre de Gomes Varela surge relacionado con la plaza de la Estrela, un tauródromo erigido en 1763 para que las religiosas del monasterio de Sacavém pudieran dar seis corridas y así obtener fondos «para acabar la capilla del convento». Uniéndose a las conmemoraciones del cumpleaños del rey D. José y a la inauguración de una majestuosa estatua ecuestre del monarca, que todavía se puede observar en el Terreiro do Paço, Gomes Varela promovió «dos tardes de combate de toros y otras dos de cabalgatas» en la plaza da Estrela, en julio y agosto de 1775.<sup>11</sup>

Para publicitar estos espectáculos, deseó imprimir previamente una relación con la descripción de ellos. Identificándose como *festeiro*<sup>12</sup> de la Plaza de los Toros, en el Campo da Estrela», pidió la necesaria autorización real, pero D. José, por razones que se ignoran, no la concedió. Sin embargo, el texto de la relación no se ha perdido, lo que nos permite conocer detalles sobre la estructura de la plaza y el programa de los festejos.

Sobre el primer “entretenimiento”, en 23 de julio, la relación nos informa que

«siendo tres horas, se hallará la Plaza magníficamente adornada, tanto de pintura como de armazón de seda, sin que se exceptue parte alguna de ella, habiendo en los octavos de sus ángulos, fuera de las trincheras, alojamiento para muchos instrumentos que, en aplauso del festejo, tocarán toda la tarde».

Entrarían después figuras representando la Fama, África y Europa. Esta última ofrecería simbólicamente veinticuatro toros al *cavaleiro* João Dias Talaia Soutomaior, dando inicio a las incidencias taurinas del festejo.

El siguiente espectáculo, el 30 de julio, sería una *cavalhada*, un ejercicio ecuestre que recreaba los torneos medievales,

<sup>11</sup> Portería de 18 de Maio de 1763, en Livro III de Avisos, pág. 90.

<sup>12</sup> Arquivo Nacional da Torre do Tombo—Real Mesa Censória, Caixa 22, doc. 59.

pero que en la versión de Gomes Varela tenía una parte taurina. Veinte *cavaleiros* «uniformemente vestidos y haciendo los debidos saludos al tribunal» combatirían 16 toros.

La muerte del rey D. José, el 24 de febrero de 1777, llevó a su sucesora, la reina D. Maria I, a decretar luto nacional, cuyo rigor se extendió a la prohibición de espectáculos teatrales durante dos años. En consecuencia, João Gomes Varela y los demás empresarios se vieron impedidos de ejercer su labor. Pero como hay males que vienen por bien, habrá sido esta parada forzada que llevó a Gomes Varela a concebir aquel que sería su emprendimiento taurino más audaz: la edificación de la plaza del Salitre, el primer tauródromo verdaderamente fijo de Lisboa, construido y explotado de acuerdo con una visión empresarial moderna.

Gomes Varela poseía un terreno en una zona de Lisboa conocida por Salitre, y en él decidió levantar la plaza. Pero la inversión era voluminosa, pues no se trataba de un recinto efímero, sino una construcción perdurable, aproximada a las plazas que por entonces estaban naciendo en la vecina España.

Como no tenía fondos suficientes, Gomes Varela recurrió al patrocinio de aristócratas sus conocidos. Presentó el plan a Duarte António da Câmara, marqués de Tancos y conde de la Atalaia, a quien pidió que intercediera ante los “caballeros de la corte” para obtener la financiación que le permitiera crear el recinto y explotarlo según un ingenioso modelo que describiremos a continuación.<sup>13</sup>

Para iniciar el proyecto, Gomes Varela calculó que necesitaba 30 “suscriptores” que contribuyeran mensualmente con 48.000 réis<sup>14</sup>. Estas cuentas, dice Bruno Henriques,

---

<sup>13</sup> El plano de Gomes Varela para la plaza del Salitre se encuentran en la Biblioteca del Congresso, en Washington, en los papeles de la casa del marqués de Tancos.

<sup>14</sup> Antigua moneda portuguesa.



«parecen basarse en el estricto ingreso de esta cantidad mensual, ya que se declara expresamente que el pago deberá ser infalible; en caso de fallo individual, recaerá sobre los demás abonados la carga de cubrir lo que falte».

Se desconoce el costo total de la obra, así como los plazos de construcción, pero Bruno Henriques supone que los trabajos habrán comenzado en 1777 y sido concluidos al año siguiente. El resultado fue una plaza de la que no se conocen imágenes, pero que tendría forma octogonal, conclusión a la que llega Bruno Henriques con base en plantas de plazas de la misma época y cartas topográficas de la Lisboa de finales de Setecientos. La materia prima más utilizada sería la madera, con la que se erguían palanques, balcones y demás infraestructuras.

Más originales eran las contrapartidas que Gomes Varela ofrecía a los “caballeros de la corte” que colaboraran con él. Una vez a la semana, el recinto estaba reservado a los suscriptores, para que éstos toureasen a pie o a caballo, pudiendo invitar a quien quisieran. El empresario suministraba los toros (diez o doce) y los rejones. Estos recreos tenían un costo semanal de 192.000 réis, lo que significaba que cada suscriptor tendría que contribuir con 6.400 réis. Los abonados también tenían derecho a asistir gratuitamente a los espectáculos, en un balcón exclusivo, mientras que los demás espectadores, que debían ser «personas decentes y capaces de entrar en semejantes lugares», pagarían su billete.<sup>15</sup>

Con el fin de maximizar los beneficios, Gomes Varela asoció a la plaza de toros otras atracciones, en particular un billar, una taberna, canchas para el juego *da péla*<sup>16</sup> y juego de pelota.

---

<sup>15</sup> Bruno Henriques, *op.cit.*

<sup>16</sup> El juego *da péla* (en francés *jeu de paume*) consistía en lanzar una pelota de un lado al otro del campo, con la mano o el auxilio de una raqueta. Es considerado tenis.

En 1782 le unió un espacio para espectáculos teatrales, el Teatro del Salitre.

Las corridas en la plaza del Salitre obedecían a lo que era norma en las organizaciones taurinas de Gomes Varela. Los “combates de toros” se complementaban con diversiones de diverso orden, tales como números de “*volantins*”, equilibristas sobre el alambre o sobre caballos. Un “combate” muy especial fue anunciado para el 1 de octubre de 1780, pues los “*contendientes*”, Manuel José y Margarida Inácia, solo tenían 14 y 15 años. Vestidos de gala, lidiarán a caballo ocho toros.

Como subraya Ana Rita Martins, el recorrido biográfico del empresario «muestra que las deudas fueron una constante, desde la época en que alquiló la Plaza do Rossio, en 1754, hasta el año de su muerte, pasando por el período en que dirigió el Teatro del Bairro Alto». Sus negocios «se financiaban mediante préstamos y las cuentas pendientes en el momento de su muerte prolongan la lista de los sucesivos acreedores que Varela tuvo a lo largo de su vida».

Después de la muerte de João Gomes Varela, en 1786, la plaza y el teatro del Salitre fueron heredados por su hijo, António Gomes Varela. Este siguió los pasos de su padre, conjugando «combates de toros» con juegos diversos. Contrató *cavaleiros* como Sebastião Mendonça, Manuel José de Figueiredo, José António de Sousa Belo, José Ferreira Grilo y otros, que eran acompañados por *capinhas*, “hombres de *forcado*” y “matadores de espada”. No se conocen los nombres ni la nacionalidad de estos “matadores”. Pero su mención es importante, pues demuestra que el toreo a pie, con la lidia y muerte a estoque de los toros en la arena, también se practicaba en Portugal.

El 4 de junio de 1790, fue contratada para el Salitre «una cuadrilla del reino vecino, con su espada, picadores y banderilleros, que alternaron en la lidia con nuestros *cavaleiros* y mejores peones». Los españoles «hicieron todo lo posible para destacarse,

y de mezcla con clases de todo tipo, hubo magníficos lances de capote y banderillas colgadas con inmejorable habilidad».

En el intervalo, se asistió a una “invención” típica del siglo XVIII: una “corrida en el aire”, similar a la representada en la conocida aguafuerte “Fiesta de Toros en el aire” (1784), de Isidro Carnicero. Consistía en «dos globos de colores, llenos de humo de paja, atados cada uno por su cuerda a un hombre». De uno colgaba «un muñeco que representaba un picador a caballo,

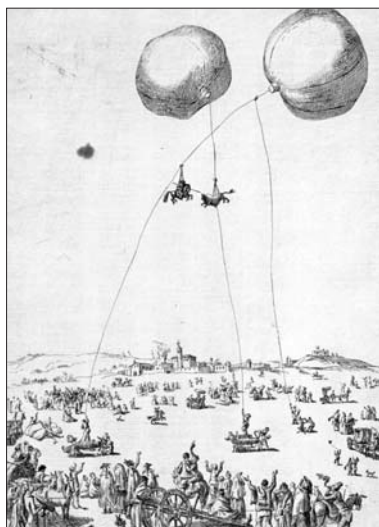


Fig. n.º 1.- “La Fiesta de Toros en el Aire”. Autor. Isidro Carnicero 1784. Biblioteca Nacional de España. Apud. Wikimedia Commons.

de vara en mano», del otro «un maniquí parecía un toro en el momento de lanzar. Desde abajo tiraban los globos para que se corrieran el uno al otro».

El programa omite las identidades del «espada, picadores y banderilleros» que integraban la «cuadrilla del reino vecino». Se supone que eran lidiadores modestos, como también debían ser los «hábiles y famosos toreadores» que el municipio de Viseu, en

agosto de 1760, mandó venir de Castilla, o los *capinhas* de Salamanca que torearon en la ciudad de Guarda, en 1785. Dificilmente un empresario o un ayuntamiento de una pequeña ciudad tendría medios para contratar espadas de cierto renombre, como los hermanos Pedro y Juan Palomo, de Sevilla, a quien el rey D. José pagó 57.600 réis para actuar en Lisboa, en 1761, en las solemnidades del nacimiento del príncipe de la Beira.

Fue también por encargo real que toreó en la capital portuguesa en septiembre de 1795, el gran matador rondeño Pedro Romero, acompañado por Bartolomé Ximenez, hecho que el primero menciona en su autobiografía:

«A D. Bartolomé Ximenez el año que fue a Lisboa de orden del Sr. D. Carlos cuarto (que Dios haya) estando este de segundo espada, sin embargo de que los toros eran embolados, al tiempo de matar un toro que le tocaba, lo cogió y lo lastimó mui bien contra las tablas, por lo que no pude seguir y tube que matárselo».

En 1793, António Gomes Varela se asoció con António José de Paula, actor y empresario teatral. Simultáneamente, amplió el ámbito geográfico de sus negocios taurinos, organizando corridas en la villa portuguesa de Nazaré, entre 1795 y 1798, y en otros lugares. Pero la vida no le sonreía, pues en 1823 el empresario del Salitre se suicidó. La plaza pasó a su hijo, João Gomes Varela, ligado a la actividad ecuestre como picador del rey D. Miguel.

La plaza continuó funcionando hasta 1837, con el mismo tipo de programación. Para el 29 de agosto de 1829, por ejemplo, se anunció un «pomposo y Magnífico combate de 15 ferocísimos Toros, cuya bravura ha servido de admiración a sus mismos guardianes, João da Costa, labrador del Ribatejo». El 12 de junio de 1831, actuó «el bien conocido y acreditado *cavaleiro* José Ferreira Grilo, acompañado de los habeis *Capinhas* portugueses, Españoles, Matadores d'Espada». Un mes después, el 17 de julio, fue el turno del «extraño, y sin igual *Cavalleiro* João dos Santos

Sedevem, el cual vendrá acompañado del aparatoso cortejo de los *Capinhas*, Matadores de Espada, Hombres de *Forcado*».

En 1831 se inició la construcción de un nuevo tauródromo fijo, en el Campo de Sant'Ana. En la plaza del Salitre se instaló un circo, que allí se mantuvo hasta 1882, año en que fue demolido para la apertura de la Avenida da Liberdade. João Gomes Varela y sus descendientes fueron los más destacados negociantes taurinos que la Lisboa de Setecientos conoció. Pero hubo otros organizadores de corridas, como Francisco de Matos Pereira Souto, criado del infante D. Pedro y promotor de festejos en la plaza de la Estrela, João Días Talaia Sotto Maior, poeta y *cavaleiro* de dudoso mérito, y el italiano Francisco Candidi.

Merecen especial atención los casos de Talaia y Candidi. El primero era doctor en Derecho Canónico, capitán de Ordenanzas y funcionário del ayuntamiento de Lisboa. Actuó en una de las corridas de Gomes Varela en la Estrela, en 1775, pero, como era torpe, cayó varias veces de la montada. António Lobo de Carvalho, *Lobo da Madragoa*, temible poeta satírico de la época, cantó los desastres de Talaia en diversos sonetos:

«Yo le vi dar anuncios verdaderos/De su fin, pues co'o pañuelo  
de cambraia/Dijo adiós al caballo y a los compañeros:/Hacedle  
también vosotros esta zumbaia;/Cayó por por tierra la flor de los  
*cavaleiros*/Pater noster por el alma de Talaia!».

En cuanto a Francisco Candidi, era un financiero italiano establecido en Lisboa que en 1761 alquiló un recinto público, la Praça de Belém, para dar tres corridas, con la presencia de la familia real. En ellas participaron los *cavaleiros* Carlos António Ferreira, alférez de caballería, Miguel Moreira, capitán de Ordenanzas de la corte, y António José Xavier, caballero de la Orden de Cristo.

Un año después, Francisco Candidi aún no había conseguido saldar el valor del alquiler, por culpa de algunos deudores.

Imposibilitado de «pagar lo que queda a deber del mismo alquiler, sin una indispensable ruina y pérdida total de su crédito», el financiero dirigió una petición al rey, señalando los nombres de los culpables y el importe de los débitos. Este, en 1763, le hizo «la gracia y especial misericordia (que no servirá en ninguna ocasión de ejemplo)» de perdonarle la deuda.

BIBLIOGRAFÍA

- Drumond Braga, Isabel (2011): “Santo Ofício, Promoção e Exclusão Social: o Discurso e a Prática”, *Lusíada História*, série II, n.º 8, ULE editora, Lisboa, págs. 223-242.
- Freire de Oliveira, Eduardo (1885): “*Livro de Contractos dos anos de 1745 a 1792*” en *Elementos para a História do Município de Lisboa*, II vol., Lisboa, Tipografia Universal, págs. 23.
- Martins, Ana Rita (2017): *A fábrica do Teatro do Bairro Alto (1761-1775)*, tesis doctoral en Estudios de Teatro, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.
- Miguel Henriques, Bruno (2015): “*El Curral de Fidalguia*”, Coloquio Internacional “Toros, Tragedias, Bailes y Comedias”, Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa.
- Rodvalho Duro, Antonio (1907): *História do Toureio em Portugal*, Lisboa, Librería Bertrand.

